

deshabillé de fular rosa. Él gritaba con desenfrenado acento :
¡ Bompard, sube la *brandade!*

¡ Allí era donde tenía que verse al Ministro de Instrucción Pública y de Cultos, al gran comerciante de moral religiosa, al defensor de las sanas doctrinas! ¡ Allí era donde se dejaba ver, sin máscara y sin ademanes, todo su Mediodía á sus anchas, y descarado como en plena feria de Beaucaire!

— ¡ Bompard, sube la *brandade!*..... — repitió la bribona exagerando expresamente la entonación marsellesa.

Bompard era sin duda aquel marmiton improvisado, que salía de la cocina con la servilleta al hombro, rodeando con sus brazos un gran plato, y quien abrió la estridente hoja de la puerta.

XVIII.

El día de Año Nuevo.

« ¡ Los señores de la Administración central!..... »

« ¡ Los señores de la Dirección de Bellas Artes!..... »

« ¡ Los señores de la Academia de Medicina!..... »

A medida que el ujier, en traje de gala, con pantalón corto y espada al cinto, anunciaba con su pausada voz la entrada solemne en las salas de recepción, atravesaban el inmenso salón rojo numerosas filas de trajes negros, y venían á colocarse formando semicírculo ante el Ministro que se hallaba de espaldas á la chimenea, teniendo á su lado su subsecretario de Estado, Mr. de la Calmette, su jefe de despacho, sus expertos auxiliares y algunos directores del ministerio Dansaert Bechut.

A cada Cuerpo constituido presentado por su presidente ó su decano, su Excelencia dirigía felicitaciones por las condecoraciones ó los premios concedidos á alguno de sus individuos. Después, el Cuerpo constituido daba media vuelta, y cedia el puesto retirándose: llegaban otros á paso largo, tropezando muchas veces con las puertas del salón, porque era tarde y la recepción se había atrasado una hora, y cada cual pensaba en el desayuno de familia que le esperaba.

El salón de conciertos estaba convertido en vestuario: los grupos se impacientaban mirando sus relojes, abrochándose

los guantes, ajustando sus corbatas blancas bajo un semblante adusto, bostezando de fastidio, de mal humor y de hambre.

También Roumestan sentía la fatiga de este gran día. Él había perdido el calor del año último en semejante época, su fe en el porvenir y las reformas, y dirigía sus discursos con flojedad, penetrado por el frío hasta la médula, no obstante los caloríferos y la enorme chimenea que ardía.

Aquella menuda nieve, cuyos copos se arremolinaban sobre los cristales, le caía sobre el corazón, ligera y helada como sobre la hierba del jardín.

« ¡ Los señores de la Comedia Francesa !..... »

Afeitados escrupulosamente, solemnes y saludando así como en tiempo del gran siglo, se colocaban con nobles actitudes al rededor de su decano, el cual, con voz cavernosa, presentaba la Compañía, hablaba de los esfuerzos, de los votos de la Compañía, la Compañía sin epíteto, sin calificativo, como se dice *Dios*, como se dice la *Biblia*, como si no existiera en el mundo más compañía que aquella. El pobre Roumestan debía estar muy postrado, para que ni aún ante aquella Compañía, de que parecía que él formaba parte con sus actitudes de una distinción convenida, no demostrase su elocuencia con frases teatrales. Y era que desde hacía ocho días, desde la ausencia de Rosalía, él se encontraba como un jugador que ha perdido el ídolo que le daba la suerte. Él tenía miedo, se sentía repentinamente inferior á su fortuna y muy próximo á ser aplastado por ella.

Las medianías á quienes la fortuna ha favorecido tienen esos trances y esos vértigos, acrecentados en su caso por el terrible escándalo que iba á producirse con el pleito de divorcio que su jóven mujer quería absolutamente, á pesar de las cartas, las gestiones, las súplicas y los juramentos.

Por el buen parecer, se decía en el Ministerio que la seño-

ra de Roumestan había ido á vivir con su padre, á causa de la próxima marcha de la señora Le Quesnoy y de Hortensia; pero nadie se engañaba, y sobre todo, en aquellos rostros que desfilaban por delante de él con cierta sonrisa marcada, en aquellos fuertes apretones de mano, demasiado expresivos, el desgraciado veía su aventura traducida en curiosidad, en piedad, en ironía. Ni aún el más infimo empleado de los que habían concurrido á la recepción ignoraba la ocurrencia, y dejaba de comentarla.

En las mesas circulaban canciones en que Chambery rimaba con Bachellery, y más de un portero descontento de su gratificación la entonaba para sí en voz baja, haciendo una humilde reverencia al jefe supremo.

Eran las dos, y las corporaciones constituidas seguían presentándose, y la nieve amontonándose, mientras que el ujier introducía mezcladamente, sin orden de jerarquías, á

« ¡ Los señores de la Escuela de Derecho !..... »

« ¡ Los señores del Conservatorio de Música !..... »

« ¡ Los señores directores y teatros subvencionados !..... »

Cardillac iba á la cabeza, por la antigüedad que le concedía el haber pasado tres veces por el Ministerio, y Roumestan tenía muchos más deseos de caer á puñetazos sobre aquel único enemigo, cuyo nombre le causaba tan graves embarazos, que de oír su bella alocución desmentida por la feroz intención de la mirada, y haber de responderle con un cumplimiento forzado, cuya mitad se quedaba en los pliegues de su corbata.

« Muy conmovido, señores..... *mn..... mn..... mn.....* El progreso del arte..... *mn..... mn..... mn.....* harémos aún más..... » Y Cardillac, al retirarse, exclamó: « El pobre Numa está herido en las alas..... »

Retiradas las comisiones, el Ministro y sus adláteres hacían los honores al desayuno de costumbre; pero este desayuno

no, tan alegre y lleno de efusión el año precedente, se resentía de la tristeza del anfitrión y del mal humor de los amigos que participaban un poco de su situación comprometida.

Aquel escandaloso proceso, coincidiendo exactamente con el debate de Cardillac, iba á hacer á Roumestan imposible de continuar en el Gabinete. En la misma mañana, en la recepción del Eliseo, el Mariscal había dicho dos palabras con su brutal y lacónica elocuencia de viejo soldado:

—Un asunto sucio, mi querido Ministro; un asunto sucio.....

Y sin conocer precisamente aquella noble palabra, dicha al oído en el alfeizar de una ventana, aquellos señores veían llegar su desgracia detrás de la de su jefe.

—¡Oh mujeres, mujeres!— exclamaba gruñendo el sabio Bechut desde su asiento. Mr. de la Calmette y sus treinta años de bufete se entristecían pensando en la retirada, como Tircis y el gran Lappaza se divertían en consternar en voz baja á Rochemaure, diciéndole:

—Vizconde, necesitamos proveernos; ántes de ocho días estarémos en la calle.....

A un brindis del Ministro en honor del nuevo año y de sus queridos colaboradores, dicho con voz conmovida y las lágrimas en los ojos, se separaron.

Mejean quedó el último; dió dos ó tres paseos con su amigo, sin que tuviesen valor para decirse una palabra, y en seguida se marchó.

A pesar del deseo vehemente que tenía Numa de conservar á su lado en aquel día á aquella naturaleza recta que le intimidaba como un reproche de conciencia, pero que le sostenía y confortaba, no podía impedir á Mejean que fuese á sus visitas á hacer su distribución de votos y regalos, y mucho menos impedir á su ujier que fuera á su casa para desprenderse de su espada y su calzon corto.

¡Qué soledad en aquel misterio! Un domingo, en una fá-

brica, el vapor apagado y mudo. Y en todas las piezas altas y bajas, en su despacho, donde en vano pretendía escribir; en su habitación, que se ocupaba en llenar de sollozos; en todas partes, sólo se veía aquella menuda nieve de Enero que azotaba las anchas ventanas, oscurecía el horizonte y acentuaba el silencio propio de las estepas de Siberia.

¡Oh angustia de las grandezas!.....

Un reloj dió las cuatro; otro le contestó, y otro más, en el desierto del vasto palacio, donde parecía que no había más horas que las de los vivientes. La idea de permanecer allí hasta la noche, frente á frente con su tristeza, le aterraba. Él hubiera querido derretir el hielo de su alma con un poco de amistad, de ternura. Tanto calorífero, los medios árboles ardiendo en la chimenea, no constituían un hogar. Hubo momentos en que pensó en la calle de Lóndres..... Pero él había jurado á su abogado defensor, cuando los abogados se retiraban, que permanecería tranquilo hasta que empezara el proceso.

De repente cruzó por su mente un nombre:

—Y Bompard, ¿por qué no ha venido?.....

Ordinariamente, en las mañanas de los días de fiesta, era el primero en ir con las manos llenas de ramos de flores, cartuchos de bombones para Rosalía, Hortensia, la señora Le Quesnoy, y en los labios una sonrisa expresiva de abuelo bondadoso. Es claro que Roumestan hacía el gasto de aquellas sorpresas; pero el amigo Bompard tenía bastante talento para olvidarlo, y Rosalía, á pesar de su antipatía, no podía dejar de enternecerse pensando en las privaciones que tendría que imponerse el pobre diablo para ser tan generoso.

—Si yo fuese á buscarle, comeríamos juntos—se dijo Numa.

Tiró de la campanilla, se desprendió de su traje negro, de sus placas, de sus condecoraciones, y salió á pié por la calle de Bellechasse.

Los muelles y las fuentes estaban completamente blancos por la nieve; pero el Carrousel estaba franco; ni el piso ni el aire conservaban señales de la nieve. Esta desaparecía con el continuo rodar de los carruajes, bajo el hormigueo de gente que se agrupaba al rededor de los despachos de ómnibus.

Aquel tumulto de una noche de día festivo; las voces de los cocheros; las invitaciones de los camelotes en la luminosa confusión de las vidrieras; los fuegos de lilas de los Jablochhoff, inundando el amarillento titilar del gas, y los últimos reflejos del pálido día, distraían la tristeza de Roumestan, y le entretenía la agitación de la calle, mientras se dirigía hacia el boulevard Poissonnière, en donde el anciano Tcherekse, sedentario como todas las personas de imaginación, vivía hacía veinte años desde su llegada á París.

Nadie conocía el interior de la casa de Bompard, del cual, sin embargo, él hablaba mucho, así como de su jardín, de su mobiliario artístico, del cual iba á proveerse en las almonedas del hotel Drouot. «Venid, pues, una de estas mañanas á comer una tortilla!» Esta era su fórmula de invitación; y la prodigaba, pero el que lo tomaba en serio, jamás encontraba á nadie; se encontraba con la consigna del portero de no poder entrar, las campanillas rellenas de papel ó sin tirador.

Durante un año entero, Lappaza y Rochemaure se empeñaron inútilmente en penetrar en casa de Bompard para desconcertar las prodigiosas invenciones del provenzal, ocultando el misterio de su habitación hasta llegar á quitar un día los ladrillos de la entrada para poder decir á los invitados desde el otro lado de la barricada:

—Lo siento, amigos míos.... Un escape de gas.... Todo ha volado esta noche.

Después de haber subido innumerables pisos, cruzado por

vastos corredores, pisado sobre escalones invisibles, recorrido los conventículos y cuartos de dueñas, Roumestan, ahogado con aquella ascensión á que no estaban acostumbradas sus angustas piernas, tropezó con una cubeta que servía para lavarse y estaba fija en la pared.

—¿Quién vive?—tartamudeó una voz desconocida.

Abrióse la puerta lentamente, por estar cargada con el peso de una percha, de la que pendía toda la ropa de invierno y de verano del inquilino, porque la habitación era pequeña, y Bompard no perdía un milímetro de ella, reducido á instalar su gabinete de tocador en el corredor.

Su amigo le encontró acostado en una pequeña cama de hierro, adornada la frente con un tocado escarlata, una especie de gorra á lo Dante, que se erizó de admiración á la vista de la ilustre visita.

—¡Pero qué es lo que veo! ¿Estás enfermo?—preguntó Roumestan.

—¡Enfermo!.... No.

—Entonces, ¿qué haces ahí?

—Ya lo ves, yo me compendío.... Y añadió para explicar su pensamiento:

—Es que tengo tantos proyectos en la cabeza, tantas invenciones! En algunos momentos me disperso, me pierdo.... y sólo en la cama vuelvo á reconcentrarme.

Roumestan buscaba una silla; pero sólo había la que servía de mesa de noche, llena de libros y periódicos, con una palmatoria desvencijada encima. Entonces se sentó á los pies de la cama.

—¿Por qué no se te ha visto ya?

—Tú te chaceas.... Después de lo que ha sucedido yo no podía ya encontrarme con tu mujer. ¡Piensa un poco! Yo estaba delante de ella con mi *brandade* en la mano.... He necesitado una gran sangre fría para no dejarla caer.

— Rosalia no está ya en el Ministerio — dijo Numa consternado.

— ¿No está, pues, arreglado ese asunto?.... Tú me asombras.

No le parecía posible que la señora de Numa, una persona de tan buen juicio.... Porque, en fin, ¿qué es todo ello? Una tontería.... Vamos.... Nada.

El otro le interrumpió:

— Tú no la conoces.... Es una mujer implacable.... Es un vivo retrato de su padre.... Raza del Norte, querido mio.... No es como la nuestra, cuya más grande cólera se evapora en gestos, en amenazas, y nada más. Ellos lo guardan todo; esto es terrible.

Él no decía que ya había perdonado ella en otra ocasión; y después, para escapar de aquellas tristes preocupaciones, añadió:

— Vístete.... Vienes á comer conmigo....

Mientras Bompard procedía á vestirse, el Ministro inspeccionaba la buhardilla, alumbrada por una pequeña ventana en forma de cigarrera, por donde se deslizaba la nieve derretida. Él compadecía á Bompard á la vista de aquella pobreza; aquellos techos húmedos, cubiertos con papel blanco; aquella pequeña sarten, picada por el orin, sin fuego, á pesar de la estación, y se preguntaba, acostumbrado á la suntuosa comodidad de su palacio, cómo se podía vivir así.

— ¿Has visto el jardín? — preguntaba alegremente Bompard desde su barreño.

El jardín era la copa deshojada de tres árboles, que sólo podían verse subiendo sobre la única silla de la habitación.

— ¿Y mi pequeño museo?

El llamaba así á algunos despojos con etiquetas que tenía sobre una tabla: un ladrillo, una pipa de madera dura, una hoja enmohecida, un huevo de avestruz. Pero el ladrillo pro-

cedía de la Alhambra; el cuchillo había servido á las venganzas de un famoso bandido corso, y la pipa tenía inscrito: *Pipa de un galeote marroquí*, y por último, el huevo endurecido representaba un sueño abortado; lo único que quedaba con algunas latas y pedazos de fuentes amontonados en un rincón, de la incubadora Bompard y de la cría artificial. ¡Oh! ahora tenía cosas mejores que todo eso. Una idea maravillosa de millones que él no podía decir todavía: «¿Qué es lo que miras?.... ¿Esto?.... ése es mi título de Jefe.... Ve, sí, jefe del *Aioli*.» Esta Sociedad del *Aioli* tenía por objeto el hacer comer ajo una vez por mes á todos los meridionales residentes en París, medio de no perder el humillo ni el acento de la patria. La organización era formidable: presidente de honor, presidentes, vicepresidentes, mayordomos, cuestores, censores, tesoreros, todos con su nombramiento en papel rosa, con bandas de plata con la flor del ajo en un dije.

Este precioso documento se colocaba en la pared, al lado de anuncios de todos colores, ventas de casas, reclamos de caminos de hierro, que Bompard necesitaba tener á la vista, para darse importancia, decía él ingenuamente. Allí se leía: *Castillo de venta; ciento cincuenta hectáreas, prados, caza, río, estanques con peces.... Linda pequeña propiedad en Turena, viñas, pastos, molino sobre el río Cize.... Viaje circular á Suiza, Italia, al lago Mayor, á las islas Borromeas....* Esto le exaltaba, como si hubiera tenido bellos paisajes colgados de la pared. El creía hallarse en ellos, y en ellos estaba.

— ¡Mastin! — decía Roumestan con visos de envidia por aquel miserable quimérico, tan dichoso entre sus pingajos.... Tú tienes una gran imaginación.... ¿Estás dispuesto? Vamos.... Bajemos.... En tu cuarto hace un frío del diablo.

Dieron algunas vueltas, codeándose con la alegre multitud del boulevard, y los dos amigos se instalaron al calor reful-

gente de un gabinete de gran restaurant, donde se hallaban las ostras abiertas y el Chateau-Iquens cuidadosamente preparado para servirse.

— Á tu salud, camarada..... Yo te la deseo buena y feliz.

— ¡Ah! es verdad — dijo Bompard — aún no nos hemos abrazado.

Ellos se estrecharon por cima de la mesa, con los ojos humedecidos, y por más áspero que sintiese el cútis del Teherkesse, Roumestan tuvo un gran placer. Desde por la mañana tenía grandes deseos de abrazar á algúnien. Y luégo, despues de tantos años de conocerse, treinta años de su vida ante ellos, sobre aquel mantel, y con el vapor de los buenos platos y aquel vino de lujo, invocaban á una los días de su juventud, sus recuerdos fraternales, sus juegos, sus diabluras, en fin.....

— ¿*En souvenirs, digo?* ¿Te acuerdas, digo?

En un salon inmediato se oian risas y voces.

— Al diablo las mujeres — dijo Roumestan; — no hay más que la amistad..... — Y volvieron á chocar los vasos; pero al mismo tiempo tomó nuevo giro la conversacion.

— ¿Y la pequeña? — preguntó Bompard guiñando el ojo. — ¿Cómo está?

— ¡Oh! No la he vuelto á ver; ya comprenderás.....

— Sin duda..... sin duda — dijo Bompard muy grave y con ironía.

Oíanse en un piano, detras de las colgaduras, fragmentos de valeses de moda y algunos trozos de operetas, alternativamente precipitados ó lánguidos. Ellos callaron para oir mejor, picando cosas de la mesa, y Numa, cuyas sensaciones parecían girar sobre un gozne, se puso á pensar en su mujer, en su hijo, en la felicidad perdida, y se lamentaba en alta voz, con los codos sobre la mesa.

— ¡Once años de intimidad, de confianza, de ternura!.....

Todo ello reducido á cenizas, desaparecido en un minuto.....

¿Y es esto posible?..... ¡Ah Rosalía, Rosalía!.....

Nadie sabria jamas lo que ella habia sido para él, y ni aún él mismo lo habia sabido bien hasta que ella se habia marchado. ¡Un espíritu tan recto, un corazon tan honrado!

— ¡Y qué espalda, y qué brazos! Y luégo, ve tú, amigo mío; no hay que decir que cuando uno es jóven es preciso tener aventuras..... Las citas al escape, por temor de ser cogido, ó bajar las escaleras de cuatro en cuatro escalones, etc.; todo esto forma parte del amor. Pero á nuestra edad lo que se desea sobre todo es la paz; lo que los filósofos llaman la seguridad en los placeres, y sólo el matrimonio la proporciona.

Levantóse dando un salto; arrojó su servilleta, y dijo:

— ¡Desfilemos!

— ¿Vamos? — preguntó Bompard impasible.

— Á pasar por bajo de su ventana como hace once años.... Ve allí, donde está el gran maestro de la Universidad.....

Bajo las arcadas de la Plaza Real, cuyo jardin cubierto de nieve formaba un cuadro blanco entre las verjas, los dos amigos pasearon largo tiempo, buscando por entre los claros de los tejados á lo Luis XIII las chimeneas, los balcones y las ventanas altas del palacio de Le Quesnoy.

— ¡Pensar que ella está ahí — decia Roumestan suspirando — y que no la puedo ver!.....

Bompard tiritaba con los piés en el lodo, no comprendiendo mucho aquella excursion sentimental. Para ponerle fin, se valió de un ardid. Sabiendo que Numa era aprensivo y temeroso de la menor enfermedad, le dijo con astucia:

— Te vas á constipar, Numa.

El meridional tuvo miedo, y se volvieron en carruaje.

Ella estaba allí, en el salon donde la vió por vez primera, y cuyos muebles continuaban siendo los mismos, en los

mismos sitios, llegados á esa edad en que el mobiliario, como los temperamentos, no se renueva ya. En los espejos se reflejaba ese azulado propio de los estanques desiertos, cuyas aguas nada turba. Los retratos de los viejos parientes colgados de la pared, y al lado de ellos los de sus esposas, también habían adquirido el color que les da la antigüedad. La señora de Le Quesnoy, con sus facciones hinchadas y lacias, como si no tuviesen fibras; en el rostro del Presidente se acentuaba aún más la palidez y la soberbia revolucion que se ocultaba bajo el azul de sus ojos, acentuando aún su palidez y la noble resistencia que conservaba en el turbio azul de sus ojos.

Rosalía se hallaba sentada junto á una gran poltrona, en que su hermana, acostada, continuaba en voz baja la lectura que aquélla le había hecho en voz alta, en medio del silencio del *whist*, interrumpido sólo con medias palabras é interjecciones de los jugadores.

Aquel era un libro de su juventud, uno de aquellos poetas amantes de la Naturaleza, en que su padre le había enseñado á leer, y en cuyas estrofas veía todo su pasado de niña, la fresca y penetrante impresión de las primeras lecturas:

«La bella hubiera podido sin cuidados comer sus fresas léjos de aquí, á la orilla de una clara fuente, con un alegre segador que la hubiera encerrado en su corazón. Ella hubiera tenido muchas menos penas» (1).

El libro cayó de sus manos; los últimos versos resonaban como una triste canción, en lo más profundo de su sér, recordándole su desdicha, olvidada por un momento. Tal es la crueldad de los poetas; os mecen, os tranquilizan, y luego, con una sola palabra avivan la herida que querían curar. Rosalía se consideraba en aquel sitio once años ántes, cuan-

(1) Traducimos en prosa estos versos.

do Numa le hacía la córte con grandes ramos de flores, y que, adornada, con sus veinte años, y el deseo de ser bella para él, le veía llegar desde aquella ventana, como se aguarda el destino.

Parecía oír en todos los rincones del salón el eco de su voz, suave y tierna, tan pronta á mentir. Acaso, buscando entre la música que se hallaba sobre el piano, se hubieran encontrado los duos que ellos cantaban, y todo lo que la rodeaba le parecía cómplice del desastre de su vida. Ella pensaba en lo que hubiera podido ser aquella vida al lado de un hombre honrado, de un compañero leal, no brillante ni ambicioso, pero de una existencia sencilla y oculta, donde se hubieran soportado con valor por los dos las penas y las fatigas hasta la muerte....

«Ella hubiera tenido muchas menos penas.»

Y de tal manera se absorbía en su ensueño, que, terminado el *whist*, los concurrentes se habían marchado sin que ella casi se hubiera apercibido, respondiendo maquinalmente al saludo amistoso de cada uno, ni advertido que el Presidente, en lugar de despedir á sus amigos hasta la puerta, como lo tenía de costumbre en todo tiempo, se paseaba á grandes pasos en el salón, y deteniéndose al fin delante de su hija, le preguntó con un acento que hizo estremecer á ésta:

—Y bien, hija mía, ¿qué piensas? ¿qué has decidido?

—Siempre lo mismo, padre mío.

El Presidente se sentó junto á su hija, le tomó la mano, y procurando hacerse persuasivo, le dijo:

—He visto á tu marido.... Él consiente en todo.... Tú vivirás aquí conmigo todo el tiempo que tu madre y tu hermana estén ausentes, y más aún, si tu resentimiento durase todavía.... Pero, te lo repito, ese proceso es imposible. Yo espero que tú no lo harás.

Rosalía movió la cabeza.

—Vos no conoceis á ese hombre, padre mio.... Él empleará su astucia para envolverme, para que nos reunamos, para hacer de mí su juguete, un juguete voluntario, aceptando una existencia envilecida, sin dignidad.... Vuestra hija no es de esas mujeres.... Yo quiero un rompimiento completo, irreparable, altamente público para el mundo....

Desde la mesa en que arreglaba las cartas y las fichas, sin volverse, la señora Le Quesnoy intervino dulcemente:

—Perdon, hija mia, perdon.

—Sí, eso es fácil de decir cuando se tiene un marido leal y recto como el tuyo; cuando no se conoce esa sofocacion de la mentira y de la traicion tramada en contra de uno.... Es un hipócrita, yo os lo digo. Él tiene la moral de Chambery y la de la calle de Londres.... Las palabras y los hechos siempre desacordes. Dos palabras; dos caras.... Toda la mojigatería y la seducción de su raza.... ¡El hombre del Mediodía, en fin!

Y olvidándose, en la explosion de su cólera:

—Por otra parte, yo habia perdonado otra vez.... Sí, dos años despues de mi casamiento.... Nada de esto os he dicho, ni con nadie he hablado de ello.... He sido muy desdichada. Desde entónces sólo hemos permanecido reunidos al precio de un juramento.... Pero él sólo vive de perjuros. Ahora todo ha concluido, y concluido para siempre.

El Presidente no insistió más; se levantó lentamente y se aproximó á su mujer. Hubo entre ellos un cuchicheo, como un debate extraordinario entre aquel hombre, lleno de autoridad, y aquella humilde criatura aniquilada. «Es necesario decirselo; sí, sí, quiero que se lo digas....» Y sin añadir palabra, M. Le Quesnoy se retiró, atravesando con su sonoro paso regular de todas las noche las arcadas del salon.

—Vén aquí....—dijo la madre á su hija con expresion cariñosa.—Más cerca.... más... más aún....—Jamás se atreve-

ría á hablar en alta voz.... Y aún estando tan cerca, todavia dudaba.—Escucha, él lo quiere.... Él quiere que te diga que tu destino es el de todas las mujeres, del que no ha escapado tu madre.

Rosalía se aterraba de aquella revelacion, que adivinó desde las primeras palabras, miéntras la querida anciana, con la voz entrecortada por las lágrimas, articulaba apénas una historia muy triste, semejante en todo á la suya; el adulterio del marido desde los primeros tiempos del matrimonio. Como si la divisa de aquellos pobres seres unidos fuese «engáñame ó te engaño», el hombre se apresuraba á comenzar por guardar su rango de superioridad.

—¡Oh! Basta, basta, mamá; me haces daño....

¡Su padre, á quien tanto admiraba ella, á quien colocaba por cima de los demas, el magistrado íntegro y firme!.... Pero ¿qué cosa son los hombres? En el Norte, en el Mediodía, todos son iguales; traidores y perjuros.... Y Rosalía, que no habia llorado por la traicion de su marido, derramaba un mar de amargas lágrimas por aquella humillacion del padre.... ¡Y se lo referian entónces para aplacarla!.... No, y cien veces no; ella jamas perdonaria.

—¡Ah! ¿Este es el matrimonio? Pues bien; ¡vergüenza y desprecio para el matrimonio!

¿Qué importaba el temor al escándalo, ni las conveniencias sociales, puesto que éstas son para quien las desprecia mejor?

Su madre la estrechaba contra su corazon, tratando de aplacar la sublevacion de aquella jóven conciencia, herida en sus creencias, en sus más queridas ilusiones, y la acariciaba como á una recién nacida.

—Sí, tú perdonarás.... Tú harás como hice yo.... Ese es nuestro destino; ya lo ves.... ¡Ah! yo tambien, en el primer momento, tuve un gran pesar, un vehemente deseo de arrojarle por la ventana.... Pero pensé en mi hijo, en mi pobre

pequeño Luis, que nacía á la vida, que despues ha crecido, que ha muerto queriendo, respetando á todos los suyos..... Tú perdonarás lo mismo, para que tu hijo tenga la dichosa tranquilidad que os proporciona mi valor, para que él no sea uno de esos semihuérfanos que se reparten los padres, y que estos educan en el aborrecimiento del uno contra el otro..... Tú pensarás tambien en que tu padre y tu madre han sufrido mucho, y que les amenazan otros padecimientos.....

Detúvose oprimida, y despues, con solemne acento, prosiguió :

—Hija mia, todas las penas se mitigan ; todas las heridas pueden curarse..... Sólo hay una cosa irreparable, y ésta es la muerte de aquellos á quienes amamos.....

En el abatimiento que siguió á estas últimas palabras, Rosalía veía engrandecerse la figura de su madre, tanto como perdía el padre á sus ojos. Pesábale mucho el haberla desconocido tanto tiempo, bajo aquella aparente debilidad, formada á golpes dolorosos de abdicacion sublime y resignada. Así, por su madre, y sólo por su madre, renunció á su proceso de venganza, con palabras cariñosas, casi de perdon.

—Solamente no me exijais, madre mia, que yo vuelva á vivir con él..... Yo tendria mucha vergüenza..... Acompañaré á mi hermana al Mediodía..... Luégo, más tarde, verémos.....

El Presidente entró, vió la agitacion de la anciana madre echando los brazos al cuello de su hija, y comprendió que su causa habia triunfado. ¡ Á precio de qué sacrificio !

—Gracias, hija mia.....—murmuró muy conmovido. Y luégo, despues de haber titubeado un poco, se aproximó Rosalía para darle las buenas noches segun costumbre. Pero la frente, tan cariñosamente ofrecida de ordinario, se esquivó, y el beso se estampó en los cabellos.

— Buenas noches, padre mio.

Éste nada dijo, y se retiró con la cabeza baja y con cierto temblor. ¡ Él, que durante su vida habia acusado y condenado tanto, encontraba un juez á su vez ; él, que era el primer magistrado de la Francia !